

## Salarrué, apuntes para una biografía

Junto a Roque Dalton, Salarrué, nombre literario de Salvador Efraín Salazar Arrué (1899-1975), es el escritor de El Salvador que ha gozado de mayor proyección internacional. Se le conoce principalmente como narrador costumbrista, como uno de aquellos autores que al desenterrar las raíces culturales de su nacionalidad, abrirían el camino para las siguientes generaciones, aquéllas que incursionarían ya por derecho propio en la literatura universal, léase las generaciones de Rulfo o García Márquez.

Esta caracterización es doblemente errónea en el caso de Salarrué. En primer lugar, Salarrué fue mucho más que un autor de obra "costumbrista". Sus intereses literarios abarcaron la narrativa fantástica —muchas veces pensada como alegoría de las ideas religiosas teosóficas y orientales que profesó desde la juventud—, el relato de aventuras, la novela, etc... Salarrué se consideró a lo largo de su vida más un artista plástico que un literato, y su obra pictórica —que se puede apreciar en las ilustraciones que elaboró para la segunda edición de *O'Yarkandal*— es una de las más importantes del país. En segundo lugar, aun en la obra literaria llamada costumbrista, Salarrué es un heterodoxo. A diferencia de los cultivadores de esta tendencia literaria, donde la forma aparece claramente supeditada al contenido, existe en libros como *Cuentos de barro* y *Cuentos de cipotes* una búsqueda a través del lenguaje, la búsqueda de una síntesis entre lo europeo y lo nativo que se cristaliza en nuevas maneras de hablar, pero, especialmente, en nuevas maneras de contar y de escribir. En resumen, no encontramos en Salarrué una escritura *naïve*, sino a un literato muy claro de su misión en la cultura de un país en formación.

Cabe entonces preguntarse quién fue este escritor y pintor de una pequeña república centro-

americana y cómo llegó a ser lo que fue. Trataré de indicar algunas claves para responder a esta interrogante en las siguientes líneas.

Salarrué nació el 22 de octubre de 1899 en la ciudad de Sonsonate, capital provincial ubicada en la llanura costera del occidente del país. Sus padres fueron don Joaquín Salazar Angulo y doña María Teresa Arrué. El primero era un empleado de aduanas. Doña María Teresa era la hija de un inmigrante vasco, don Alejandro de Arrué y Jiménez, quien había recorrido las Antillas y Centroamérica y fundado centros de educación para las élites. En realidad, todo parece indicar que su nombre original era Arrúe, pero había desplazado el acento y agregado la partícula para darle un aire de nobleza gálica que en estas tierras debía resultar irresistible. La madre de Salarrué al parecer se había beneficiado de la cultura de su progenitor, ya que al igual que otra hermana era reconocida en la intelectualidad de San Salvador como una promesa literaria, que había publicado varios poemas al uso en las secciones literarias de periódicos locales.

Pese a que la cuna de Salvador Efraín era más bien distinguida, el matrimonio de los padres acabó fracasando y el cuidado y la manutención de los hijos recayó en la madre. Pese a contar con el apoyo de los tíos, fueron los primeros años de privaciones económicas para el escritor. A los ocho años debió abandonar la ciudad natal y alternar entre San Salvador y la vecina Santa Tecla. Sin embargo, pudo cursar la primaria en el Liceo Salvadoreño, colegio privado al que asistían los hijos de la élite, y la secundaria en el Instituto Nacional, prestigiosa institución pública, y la Academia de Comercio. Allí trató de obtener el título de contador, seguramente presionado para encontrar una rápida colocación en el mercado laboral. Pero no

llegó a graduarse. Ya adolescente, tenía otros planes.

En realidad, la vocación artística de Salarrué se manifestó desde muy temprano. Siendo niño tenía reputación entre la chiquillada por su habilidad para contar historias e inventárselas si era necesario. A los diez años vio publicadas algunas de sus composiciones escolares en la sección infantil del *Diario del Salvador*, prestigioso rotativo fundado y dirigido por el nicaragüense Román Mayorga Rivas, amigo de la familia Arrué. Sin embargo, entrado a la adolescencia, el interés de Salvador Efraín pareció dirigirse hacia la pintura. Junto a su primo Toño Salazar (1897-1986), quien llegó a ser un caricaturista de renombre mundial, se inscribió en una academia de pintura de efímera existencia regentada por Spiro Rossolino, inmigrante de origen griego.

La familia, lejos de desalentar la vocación artística de Salarrué, terminó dándole su apoyo. Movió sus influencias a fin de que el presidente Carlos Meléndez le otorgara una beca al joven para realizar estudios de pintura en Estados Unidos. En 1916 fue inscrito en un colegio jesuita en los alrededores de Baltimore. El ambiente austero y rígido de la institución resultaba sofocante para Salvador Efraín, quien buscó, con éxito, apoyo del embajador salvadoreño en Washington para trasladarse a una escuela pública en Danville, Virginia, donde concluyó los estudios de inglés. Al año siguiente se matriculó en la Corcoran School of Arts, de la capital norteamericana, escuela fundada en 1890 y que aún en la actualidad goza de enorme prestigio. Salarrué permaneció en ella hasta 1919. En general, el enfoque academicista y tradicional de esta escuela le resultó poco estimulante, pero, siendo objetivos, consiguió allí una sólida formación que fue la base de su obra plástica posterior.

En Washington organizó una exposición en la Hisada's Galleries, galería de arte que pertenecía a un marchante japonés del mismo nombre. Sin embargo, en un viaje a Nueva York hizo un descubrimiento que cambió su destino. Al revisar la sección de publicaciones extranjeras de la librería Brentanno's, cayó en sus manos *El libro del trópico*, obra costumbrista de su compatriota Arturo Ambrogi (1875-1936). De esa lectura nació el deseo de reencontrarse con el país, con su colorido y vitalidad. Es así como se anima a regresar a la patria en 1919.

Al regreso, el prospecto de vida que se le presenta es bastante difícil. Al no existir en el país un mercado de obras plásticas, tiene que hacer retratos por encargo y regalar sus cuadros a sus amigos. Obtiene, sin embargo, un medio de subsistencia más confiable al escribir artículos para los diversos periódicos nacionales. En la década de 1920, el periodismo salvadoreño estaba experimentando un notorio repunte.

Montó su estudio en las afueras de la ciudad. Frecuentó a un grupo de jóvenes talentosos a quienes unía su pasión por el arte contemporáneo y las ideas religiosas orientales. Entre ellos se contaban Serafín Quiteño, Carmen Brannon —quien posteriormente adoptó el nombre literario de Claudia Lars—, las hermanas Julia y Tula Van Severen y, quien llegó a ser su mejor amigo, el poeta Alberto Guerra Trigueros, guía cultural del grupo.

En 1923 contrajo matrimonio con Zélie Lardé, hija de inmigrantes franceses, que también compartía su interés por la pintura. De hecho, llegó a ser la primera autora de primitivos en la historia de la plástica salvadoreña. Zélie era hermana de dos distinguidas personalidades en el mundo de la cultura nacional, la poeta Alice Lardé de Venturino y el sabio Jorge Lardé. El joven matrimonio pronto enfrentó el difícil reto de sobrevivir, sobre todo cuando el tamaño de la familia crecía con el nacimiento de sus tres hijas: Olga Teresa (1924), María Teresa (1925) y Aída Estela (1926). Salarrué subsistía como oficial de la Cruz Roja para un campo de refugiados de unas inundaciones recientes en San Marcos, empleo que le proporciona instalaciones físicas para vivir y poco más.

Hacia los treinta años, Salarrué comenzó a tener una serie de extrañas vivencias que luego tipificó como viajes astrales. Sintió que su cuerpo se desdoblaba y que era capaz de elevarse por la ciudad, volar hacia la costa y volver a su residencia para unirse al "cuerpo físico". Su amigo Guerra Trigueros lo inició en la lectura de la teosofía. A partir de esas lecturas, Salarrué organizó su propia cosmovisión filosófica y religiosa que, en repetidas ocasiones, sirvió de material de inspiración para su obra literaria y pictórica.

Si bien estos años fueron de privaciones, también trajeron los primeros éxitos literarios. En 1926 publicó su primer libro, *El cristo negro*, noveleta donde plasma algunas de sus ideas religiosas y filosóficas, y que fue acogida positiva-

mente por la prensa nacional. Pero la distinción mayor la obtuvo al año siguiente, al recibir un premio regional de narrativa patrocinado por el *Diario Salvadoreño*. El libro, *El señor de la Burbuja*, obtuvo buenos comentarios por parte de destacadas personalidades del mundo intelectual, como Juan Ramón Uriarte, Vicente Rosales y Rosales y el Dr. Francisco Gamboa. Al autor se le ofreció una cena de homenaje en el Hotel Majestic, donde hubo entusiastas expresiones en favor de la obra y su autor. El escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, de visita en el país en ese entonces, se expresó tan elogiosamente del libro que llegó a afirmar que el autor debía situarse al mismo nivel de Alberto Masferrer, pensador y ensayista de gran prestigio por ese entonces.

Precisamente con Masferrer colaboró Salarrué en los años siguientes siguiendo los pasos de Alberto Guerra Trigueros. Este último desempeñó una función activa en *Patria*, periódico progresista que dirigía Masferrer. En el editorial de ese periódico publicó, en 1929, *O'Yarkandal*, una colección de historias fantásticas, salpicadas de un erotismo audaz para su época e inspiradas en *Las mil y una noches*.

Aunque compartió el entusiasmo de su amigo Guerra Trigueros por el movimiento Vitalista liderado por Alberto Masferrer, prefirió no militar en éste cuando se constituyó en partido político. Pese a ello, su trabajo periodístico le confirió un cierto perfil público que asumió no sin incomodidad. Ante la creciente efervescencia política que, entre 1931 y 1932, dio lugar a la elección democrática del ingeniero Arturo Araujo —apoyado por Masferrer—, al golpe de Estado del general Maximiliano Hernández Martínez y a la insurrección campesina brutalmente suprimida, Salarrué insistió en conservar su distancia como artista.

De 1932 data la carta abierta titulada "Mi respuesta a los patriotas", publicada en el semanario costarricense de proyección latinoamericana *El repertorio americano*, dirigido por Joaquín García Monge. Allí quedó bien establecido que la creciente sustracción de Salarrué del mundo de la política y del debate público no obedeció a su proverbial distracción, o a una "mistificación escapista", sino que constituyó en sí un gesto político,



co, una protesta de repudio total y visceral a los términos en que se planteaba la política en el ámbito nacional. Salarrué dio vigor polémico a su argumento al hacer una declaración que, sin duda, en su momento debió haber sido escandalosa: "Yo no tengo patria, yo no sé qué es patria. ¿A qué llamáis patria vosotros los hombres entendidos por prácticos? Sé que entendéis por patria un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones". Salarrué se refería, pues, en forma despectiva al estado-moderno, a los fundamentos ilustrados y liberales de la nación: el marco normativo legal, el aparato estatal, el territorio. En su lugar, Salarrué invocó a una entidad política más primigenia: "no tengo patria pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en un trozo de papel satinado); tengo Cuscatlán, una región del mundo y no una nación (cosa vaga)".

Pero aunque en el mencionado escrito no dejó de expresar su escepticismo frente a las metas del Partido Comunista salvadoreño, ello no le restó admiración frente a su líder, Farabundo Martí. El recuerdo que guardaba de esta figura era bastante favorable. En la entrevista que le hizo José Roberto Cea en su lecho de muerte, recordó al líder comunista como "un gran hombre, luchador, muy digno, patriota y se agiganta con el tiempo, es permanente".

Este período de efervescencia coincidió con una de las etapas más fructíferas en la carrera literaria de Salarrué, si bien siguió experimentando dificultades para publicar su obra en forma de libro. En las páginas de *Patria*, y otros periódicos y revistas nacionales y extranjeras, publicó cuentos

y artículos. Por esos días, Salarrué obtuvo notoriedad a nivel hispanoamericano, cuando Gabriela Mistral solicitó a Joaquín García Monge que publicara en su *Repertorio americano* los primeros "cuentos de barro" de Salarrué en 1931. La edición definitiva de *Cuentos de Barro* apareció en 1934 en una edición ilustrada con grabados del pintor José Mejía Vides, amigo personal del autor. La obra fue acogida favorablemente por la crítica y el público. Con los años llegó a ser la obra más editada y leída de un autor salvadoreño.

Poco después del golpe de Estado de Martínez y de la muerte de Masferrer, Guerra Trigueros compró el periódico *Patria* y Salarrué entró a trabajar como Jefe de Redacción. Durante el tiempo en que Guerra Trigueros estuvo encarcelado por Martínez, Salarrué debió desempeñarse como director. Fue allí donde protagonizó varios choques con su admirado Arturo Ambrogí, a quien Salarrué acusó de desempeñar el "despreciable cargo de Censor de la Prensa" del dictador.

Durante los años de la dictadura, Salarrué subsistió modestamente pintando y escribiendo para los periódicos. No hay que olvidar que estos años siguieron siendo difíciles. Todavía dependía de mecenas privados para colocar sus pinturas y editar los libros.

Entre el 6 y 12 de julio de 1941, Salarrué participó, por invitación, en un Congreso de Educación que tuvo lugar en Ann Arbor, Michigan. Intervino en una sesión dedicada a la literatura infantil. Aprovechó la ocasión para hablar sobre un género narrativo que consideraba de su propia invención: el cuento de cipotes. Hasta entonces había venido publicando, en varios periódicos de circulación nacional, esa especie originalísima de narración infantil. Según atestigua en el prólogo a la edición definitiva de *Cuentos de cipotes*, los maestros "se interesaron hasta el punto de hacer consultas en los días que siguieron. Algunos confesaron encontrar el tema sumamente novedoso y se proponían hacer experimentos en sus respectivos centros docentes".

La vida de sacrificios que había supuesto su carrera como pintor y literato pareció tener un giro favorable cuando, en 1946, durante la administración del General Salvador Castaneda Castro, Salarrué fue nombrado agregado cultural ante la Embajada de Estados Unidos. Como una deferencia especial a su prestigio como artista, se le per-

mitió establecer su oficina en la ciudad de Nueva York, verdadera capital cultural de la nación del norte.

Salarrué permaneció en Nueva York hasta 1958. Su estancia resultó fructífera. Los seiscientos dólares mensuales que recibía como honorarios le permitieron cierta holgura económica, y el ambiente cultural neoyorquino resultaba estimulante para toda la familia, donde la vocación hacia la plástica fue compartida. Cultivó muchas amistades, entre ellas, la de Gabriela Mistral, a quien había conocido años antes cuando la poeta chilena hizo una gira centroamericana.

Aunque a su regreso al país ya no encontró a su gran amigo Alberto Guerra Trigueros, fallecido en 1950 luego de una larga enfermedad, las condiciones para el trabajo artístico parecían haber tomado un rumbo favorable. El movimiento reformista militar, encabezado por el coronel Oscar Osorio, había emprendido un ambicioso programa de modernización del Estado que contemplaba la creación y el apoyo de varias instituciones de promoción cultural. Su amiga Claudia Lars dirigía la revista *Cultura*, el también escritor Ricardo Trigueros de León lideraba un ambicioso proyecto editorial a través del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, posteriormente denominado Dirección Nacional de Publicaciones. Una carrera literaria que parecía estancada desde principios de la década de 1940, se revitalizó con la reimpresión —esta vez bajo el patrocinio estatal— de *El cristo negro*, *El señor de la burbuja*, *Cuentos de barro*, *Remotando el Uluán*, *Eso y más* y la edición de nuevos volúmenes de relatos como *Trasmallo* y *La espada y otras narraciones*. En otros ámbitos, la Editorial Universitaria, bajo la dirección de Italo López Vallecillos, joven intelectual opositor al régimen militar, se animó en 1961 a hacer la primera edición definitiva de los *Cuentos de Cipotes* con ilustraciones de Zélie Lardé.

Además, Salarrué encontró finalmente reconocimiento como artista plástico. Desde 1958 se organizaron varias exposiciones de su obra, y la venta de sus pinturas le proporcionaron suficientes ingresos para vivir. En 1963, bajo la administración del coronel Julio Adalberto Rivera, Salarrué aceptó el cargo de Director del Departamento de Bellas Artes del Ministerio de Educación. Al cabo de dos años, frustrado por la falta de apoyo y los insuficientes resultados, renunció al cargo.

A partir de entonces, Salarrué regresó al estilo de vida apartado que siempre había preferido. Se instaló en villa Monserrat, una cómoda casa que había podido adquirir con sus ahorros en Los Planes de Renderos, localidad suburbana situada en las montañas que lindan al sur con la ciudad capital. El entorno semirural, la vista del valle de San Salvador y el cerro de San Jacinto eran un escenario sumamente estimulante para su trabajo artístico.

En sus últimos años, Salarrué fue objeto de frecuentes homenajes y reconocimientos que aceptaba con cierta incomodidad. Su sencillez, amabilidad y modestia se hicieron legendarias entre quienes lo frecuentaban en esta última etapa de su vida. En 1962 y 1973 recibió la máxima condecoración del gobierno salvadoreño, la orden José Matías Delgado. En el primer caso fue investido del rango de Comendador; en el segundo, junto a su primo el caricaturista Toño Salazar y al escritor Raúl Contreras, recibió la máxima presea: la Gran Cruz de Plata. El 8 de noviembre de 1967, la Asamblea Legislativa emitió un decreto donde reconocía los méritos artísticos de Salarrué, Claudia Lars y el poeta Vicente Rosales y Rosales. Cada uno de ellos recibió la suma de diez mil colones. El 15 de noviembre de ese mismo año, el gobierno mexicano concedió el premio Benito Juárez a Salarrué y a la folklorista María Mendoza de Baratta. El 6 de junio de 1969, la Academia Salvadoreña de la Lengua concedió a Salarrué y Claudia Lars medallas de oro y pergaminos. En distintas ocasiones Salarrué declinó la oferta de la Universidad de El Salvador de concederle un doctorado *honoris causa*.

En 1974, mientras estaba en tratamiento por un

cáncer, su esposa Zélie murió. A comienzos de 1975 se sometió a una operación de estómago. A finales de ese año, convencido de que su enfermedad era incurable y de que su vida sólo era una estación de paso en el camino de su alma, manifestó su deseo de ya no luchar. Se acostó en su lecho y, algunos días después, murió tranquilamente en su hogar. Era un 27 de noviembre de 1975.

Aunque el país estaba dividido y a punto de precipitarse en una crisis que llevaría a la guerra civil, intelectuales tanto del sector oficial como del opositor ya habían manifestado su admiración por la obra de Salarrué. Roque Dalton, asesinado por sus ex compañeros unos meses atrás, había dedicado un poema a Salarrué y había prologado una antología de sus relatos en Casa de las Américas que se publicó en 1969.

Pese a que en los años de guerra civil, la obra de Salarrué sufrió un inmerecido abandono, el público lector continúa fiel. Dos de sus obras, *Cuentos de barro* y *Cuentos de cipotes*, leídos y gozados por generaciones, constituyen dos clásicos de la literatura nacional y dos puntos de referencia obligados para comprender la cultura popular de los salvadoreños. Luego de la firma de los acuerdos de paz en 1992, en el contexto de la reconstrucción del país, la obra literaria y plástica de Salarrué atrae nuevamente la atención de críticos, estudiosos y público en general. Es de esperar que este renovado interés nos permita apreciar con mayor visión la riqueza del universo imaginativo inaugurado por Salvador Salazar Arrué.

**Ricardo Roque Baldovinos**